

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



Amor
eterno

POR

John Barrymore

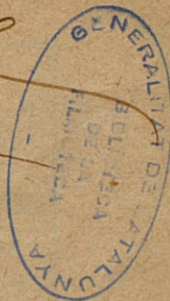
Camila Horn

Victor Varconi

50 cts.



Rosa Pausal



AMOR ETERNO

BIBLIOTECA

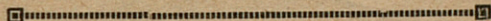
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



Amor eterno

(THE ETERNAL LOVE, 1929)

Producción dramática

Interpretada por

**John Barrymore, Camila Horn
y Víctor Varconi**

Dirección: Ernest Lubitsch



EXCLUSIVA DE

Los Artistas Asociados

Rambla Cataluña, 62-64

Barcelona



Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Amor eterno

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Era el año 1806.

Luchaban entre sí dos grandes potencias europeas y el pueblecito de Pontresina, dormido a la sombra de las montañas suizas, fué utilizado como puente por los ejércitos contendientes.

Un bando apareció por las esquinas:

“Todos los habitantes de la población que posean armas de fuego deben depositarlas en el Ayuntamiento antes del domingo a las diez de la mañana.

"La desobediencia de esta orden se tomará como acto de rebelión y será duramente penada.

"General Daront."

Todos los habitantes del pueblo eran bravíos como sus montañas. Todos estaban en desacuerdo con aquella orden humillante.

—¡Lucharemos hasta morir!—decían algunos.

—¡Todo antes que soportar esa humillación sangrienta!—decían otros.

Sólo uno de los moradores del bravío pueblo se mostraba contrario a esta heroica determinación. Era el cura del lugar.

El sacerdote, acostumbrado a la resignación y a la prudencia, veía claramente que aquello sería un alarde inútil, un sacrificio estéril. Los ejércitos que habían dado la orden eran poderosos, mucho más que los de ellos y muchísimo más, infinitamente más que los habitantes del pueblecillo.

No sólo sucumbiría el pueblo en masa, sino que este hecho podría provocar un conflicto nacional. Al saber muertos a sus hermanos de Pontresina, toda la nación se le-

vantaría en armas, y todos serían igualmente aplastados.

Estas consideraciones se hacía el prudente párroco, y esto fué lo que le movió a lanzarse a la calle apenas tuvo noticia del estado de ánimo de los lugareños para decir a gritos, en medio de la Plaza Mayor, que el que no entregara las armas, sería un mal hijo de Dios, y hacerles ver la inútil catástrofe que su oposición significaría.

—Sois infinitamente inferiores a ellos—les dijo finalmente—. Luchar con ellos sería lo mismo que pelear con los leones de la selva. Eso no es valor. Eso es locura. Valor es sobreponerse a los impulsos cuando éstos deben contenerse. El valor requiere serenidad.

Las justas palabras del sacerdote convencieron a la multitud y aquellos bravíos mozos que no dudaban en jugarse la vida para no dejarse humillar, fueron pasando por el Ayuntamiento y depositando allí sus armas.

Al día siguiente se celebró una misa para dar gracias a Dios por el hecho de tener asegurada la paz del pueblo.

Entre los fieles estaban Gilberta Werner

y su madre, dos mujeres cuyos actos eran reprobados por todo el pueblo.

—No ha venido “él”—dijo Gilberta escudriñando la multitud.

—Estás loca—repuso la madre despreciativamente—. No piensas más que en él.

—Como que es lo único que vale en este pueblo.

Gilberta era una mujer robusta y altanera, digna flor de aquella tierra escarpada y ruda.

En su mirada había un cinismo que desconcertaba y repelía.

Bastaba aquella mirada para comprender que Gilberta no hacía honor a su privilegiada condición de mujer, en la que tan bien sienta la prudencia, la dulzura y el recato.

De pronto, y cuando el sacerdote murmuraba las palabras de gratitud, se oyó el estampido de un disparo de escopeta.

Todos quedaron perplejos e inmóviles.

¡Un arma de fuego!

Luego no se habían entregado todas. Luego había en el pueblo una persona que comprometía su paz... Todos miraron en la dirección en que había venido el disparo, to-

dos quedaron sobrecogidos, todos adivinaron quién era el autor del disparo...

—¡Es “él”, es “él”!—exclamó Gilberta con ojos llameantes de entusiasmo—. Ya sabía yo que él no entregaría el arma.

Y salió corriendo de la iglesia y se aventuró por la campiña abrupta y montañosa.

* * *

“El” era Marcos Paltram, un joven recio y musculado, ágil y arrogante, rudo y valiente.

No había nada ni nadie en el mundo que pudiera inspirarle temor.

Era como una parte de aquella naturaleza virgen. Bravo y magnífico como un león, ágil como una pantera, indómito como un tigre.

Sus amigos eran los altos riscos, las pendientes escarpadas, las gargantas profundas, los ruidosos torrentes...

Siempre llevaba consigo su escopeta y ahora no podía faltarle. Tenía una puntería temible. Allí donde ponía el ojo, se clavaba la bala indefectiblemente. Ahora llevaba sobre los hombros una pieza de treinta kilos que acababa de cazar. Este fué el

disparo que oyeron los fieles desde la iglesia.

Con la escopeta colgada al hombro, la pieza cruzada en la nuca y sujeta con ambas manos, comenzó a descender de la montaña, saltando de peña en peña.

Al pasar vió entre dos rocas un grupo de flores agrestes y espinosas. Las arrancó y continuó su rápido descenso.

Le salió al encuentro Gilberta.

Le detuvo.

Estaba en lo alto de un peñasco gigantesco.

—¿Qué quieres?—le preguntó Marcos, con gesto retador.

—Te quiero a ti—repuso Gilberta francamente y mirándole con fijeza.

—Aparta—replicó él secamente.

—¡Te amo y serás mío!

Pero él la apartó de un manotazo y continuó su descenso, silbando y saltando.

Sólo había dado algunos pasos en su camino, cuando notó que una mano le arrancaba las flores de la suya.

Se volvió.

Era Gilberta... Era Gilberta que, rauda, valiente y tenaz como él, le había seguido

para apoderarse de aquel ramo, que ella sabía que era para otra.

No trató Marcos de volver atrás para recuperar las flores. Sabía que no podía dar



—Te amo y serás mío.

alcance a Gilberta. Conocía mejor que él aquellos caminos inaccesibles y temía a la muerte menos que él. Varias veces la había visto saltar gargantas de cien metros de

profundidad. Varias veces la había visto trepar con el caballo a las rocas y dejarse caer desde lo alto de los árboles.

Pero todo esto no constituía, ni mucho menos, un motivo de admiración para Marcos. Lejos de ello, no tenía para Gilberta sino el desdén del desamor y de la antipatía.

No era aquella la mujer que Marcos necesitaba.

Continuó silbando y saltando de risco en risco pendiente abajo de la montaña, con la escopeta colgada del hombro y las manos asidas a la pieza que se apoyaba en su nuca.

II

Al llegar al pueblo, vió que una bulliciosa multitud se apretujaba en la plaza Mayor.

Y vió algo más: vió que le esperaban a él.

El grupo estaba presidido por el padre Matías y por su sobrina Cecilia.

Cecilia era una de aquellas muchachas que gustaban a Marcos. Una muchacha de vida humilde y plácida, dulce y apacible, siempre resignada y dispuesta al sacrificio.

Era linda como una virgen y su espíritu correspondía en pureza a su rostro.

Era, en fin, la antítesis de Marcos.

Era la mujer que Marcos necesitaba.

* * *

Se detuvo. El padre Matías se había destacado del grupo e iba a su encuentro.



Al llegar al pueblo vió que una bulliciosa multitud se apretujaba en la plaza Mayor.

—¿Por qué te rebelas contra nosotros, Marcos? ¿No comprendes que tu desobediencia pone en peligro la paz de todo el

pueblo? Entrega tu arma como la hemos entregado los demás.

Marcos le miró con rebeldía.

—No puedo entregar mi escopeta. Mi escopeta es mi vida, padre. Yo no tengo más amigo que ella y sólo en ella encuentro un poco de felicidad. De buena mañana me acompaña al monte y me ayuda a vencerlo todo. No hay para ella fiera temible, no hay pieza de caza que no sucumba. Es mi vida y para entregar yo mi vida tendría que suceder algo más que lo que ha sucedido.

El padre Matías se retiró. Estaba seguro de que nada podría contra aquel propósito tenaz del más tenaz de los fieles de Pontresina.

Pero había otro en el grupo que debió de considerarse superior en fuerza de convicción al padre Matías y avanzó hacia Marcos.

Era Lorenzo Gruber, un rival, un rival terrible de amor. El amaba a Cecilia y Cecilia amaba a Marcos.

Cecilia amaba a Marcos como le amaba Gilberta, y como le amaban otras muchachas del pueblo. Marcos era uno de esos hombres que hacen soñar a las mujeres.

El amor de Cecilia era muy distinto al de Gilberta. No había en aquel afecto nada del anhelo, de la pasión ciega, de la locura que animaba el corazón de la audaz caballista.

Era un amor dulce, profundo y verdadero.

Lorenzo Gruber detestaba a Marcos profundamente. Avanzó hasta él y le dijo al mismo tiempo que le quitaba la escopeta de la mano:

—Entrega tu arma como la hemos entregado todos. ¿Por qué has de ser tú superior a los demás?

Le había cogido desprevenido. Había logrado apoderarse de su escopeta.

Pero Marcos no era hombre que se resignara fácilmente y, dando un salto, cayó sobre Gruber, le quitó el arma, la depositó en el suelo y dió al osado un terrible directo en el rostro.

Lorenzo rodó por el suelo con la boca ensangrentada.

—¡El que no esté conforme con que yo tenga mi escopeta que siga a Lorenzo Gruber!—exclamó Marcos altivamente.

Pero nadie se movió.

Por fin, Cecilia avanzó hacia él.

—¿Tampoco a mí quieres darme la escopeta, Marcos?

Había hablado en aquel tono inconfundible y lleno de dulzura. Le miraba con sus ojos claros e inmensos.

Por un instante, Marcos se sintió tentado a ceder.

Pero advirtió que todos le miraban y se rebeló su orgullo.

De aquí que diera media vuelta, cogiera su escopeta del suelo y se alejara silbando.

* * *

En su casa rezaba Cecilia por la salvación de su amado Marcos.

Pedía a Dios fervorosamente que le inspirase y que le guiara en aquel momento crítico. Pedía a Dios le impulsara a devolverle el arma cuya posesión era en aquel trance un serio peligro para él y para la paz de todos.

De rodillas, con las manos enlazadas y fija la vista en el crucifijo, su rostro estaba nimbado por un resplandor de santidad.

De pronto irrumpió un hombre en la estancia.

Era Lorenzo, Lorenzo, que si bien sufría a causa de la humillación recibida de manos de Marcos, estaba contento de ver el desplante que había hecho a Cecilia negándose a entregarle la escopeta.

Interrumpiendo los rezos de la joven, dijo:

—La afrenta que me hizo a mí no es nada, comparada con la que a ti te hizo. ¿Aun crees que te ama?

Cecilia le dirigió una mirada que era un reproche, pero un reproche apacible y dulce, como todo lo que de ella venía.

Lorenzo sonrió.

—No te dió la escopeta ni te la dará. Eso demuestra lo que le importa un ruego tuyo.

No supo Cecilia qué contestar a estas palabras que acusaban a Marcos.

Se limitó a bajar la cabeza, pensando que acaso aquel hombre tenía razón, pensando que acaso Marcos no la amaba.

La sonrisa de Lorenzo se convirtió en mirada llena de malsana avidez.

—Tú sabes que te he querido siempre, Cecilia. ¿Cuándo te decidirás a escucharme?

Una vez más tuvo la joven un gesto de

contrariedad ante aquellas palabras oídas cien veces en labios de Lorenzo y la violencia de la situación se reflejó en su rostro y especialmente en sus ojos por donde pasaban todas las emociones como por una pantalla luminosa.

Le molestaba tener que decir una vez más que su corazón era ya de Marcos, y que por lo tanto no podía ser de ningún otro.

En esto abrióse la puerta y apareció la criada.

Cecilia se la quedó mirando con ojos llenos de asombro.

Llevaba en la mano una escopeta. ¿De quién sería aquel arma y por qué estaría en manos de la sirvienta?

Esta lo aclaró en seguida:

—Señorita, Marcos me ha dado esto para usted.

Con gran emoción se apoderó Cecilia de la escopeta y se la mostró a Lorenzo con un gesto triunfal.

Este enclavijó furiosamente los puños. Realmente no podía haber prueba mayor de que Marcos amaba a Cecilia. El mismo había dicho que la escopeta era su vida y que

entregarla equivalía para él a un trance tan doloroso como la muerte.

Devolvió Cecilia la escopeta a la doncella ordenando fuera a entregarla inmediatamente al Ayuntamiento y se fué a la ventana, para mirar con avidez en todas direcciones.

Vió a Marcos al pie de la casa. Allí estaba pensativo y triste, presa aún de la amargura que le había producido la entrega de aquel objeto tan amado.

—¡Marcos!

El levantó la cabeza y Cecilia le hizo un alegre gesto con el brazo.

En seguida se retiró la joven de la ventana y bajó velozmente y salió a la calle.

Llegó junto a Marcos.

—Marcos, ¿te duele haberme entregado la escopeta?

El la miró fijamente, profundamente.

Una extraña zozobra le poseía. Era como una vacilación dolorosa.

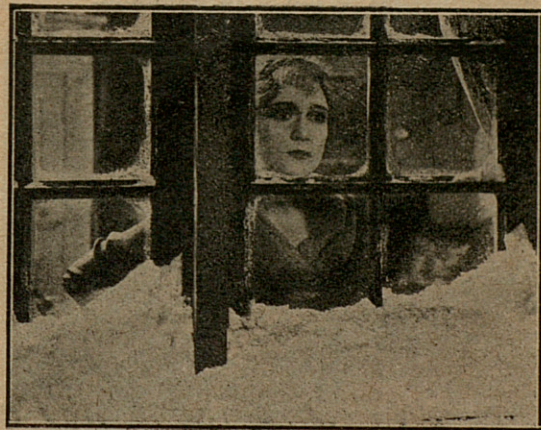
Al fin repuso francamente:

—Sí, lo siento.

En su voz había un tono no de reproche pero sí de ira.

Ella le dijo para distraerle y consolarle:

—Marcos, el bosque y la montaña siguen siendo tuyos. Seguirás saltando de peña en peña, trepando a las cumbres y descendiendo a las simas. El agua de los torrentes y el fragor de la hojarasca seguirán dialogan-



... y se fué a la ventana para mirar con avidez en todas direcciones.

do contigo y contándote las famosas historias de su vida. Marcos, no te aflija el haberme entregado tu arma. Todo lo que teñas seguirá siendo tuyo. Vamos al monte y lo verás.

Marcos la cogió de la mano y emprendió con ella el camino de la montaña.

Salieron del pueblo y se hallaron frente a una llanura pedregosa, que cruzaron para llegar a un bosque. Descansaron allí. Después continuaron hacia la montaña.



Descansaron allí.

Marcos tenía los ojos dilatados y fijos en la ancha bóveda celeste.

Sus labios entreabiertos aspiraban con deleite el aire puro de la campiña.

Era una brisa fresca, brisa de tierras al-

tas, que penetraba fácilmente hasta el fondo de sus pulmones, ensanchándolos y dándoles vida.

Era algo que hacía afluir la sangre por las venas con rapidez y energía de avalancha.

Era algo adormecedor y estimulante al mismo tiempo.

Llegaron a la cumbre de la montaña y allí se detuvo Marcos abrazando con una mirada todo el horizonte.

El viento les azotaba el rostro en una vigorosa caricia.

Las aves trazaban amplios círculos sobre sus cabezas.

Algo pasó de pronto por la mirada de Marcos, se combó poderosamente su pecho y exclamó:

—Cecilia, te amo.

Le pasó un brazo por los hombros y continuó diciendo:

—Te amo mucho más que a mis montañas, a mis bosques y a mi escopeta. Te amo más que a nada ni a nadie en el mundo. Quiero decirlo bien alto para que lo oigan las aves y los riscos, las pendientes, el cie-

lo, las cumbres. Quiero que todas las cosas sepan que te amo.

Ella estaba estremecida por una emoción suave y profunda. Tenía las manos enlazadas como si diera gracias a Dios por poder oír aquellas palabras de labios de Marcos.

Y él continuaba diciendo cada vez más fuerte:

¡Te amo, Cecilia, te amo!

Las aves que volaban y se perseguían sobre sus cabezas, dejaron de aletear por un momento. Cesó el embate del viento, cesó el murmullo de los arroyos y cesó todo ruido y toda actividad en el campo infinito.

Era como si la naturaleza, conmovida, presenciara el espectáculo de aquel hermoso amor.

III

El invierno tendió sobre Pontresina su manto de armiño.

Todos los inviernos igual.

La nieve lo cubría todo. Una fuerte y cegadora blancura se advertía por doquier. El frío era intenso.

Nieve, nieve... Nieve en la montaña, nieve en los bosques, nieve en los llanos.

Se helaban los arroyos y los lagos se convertían en lizo y duro cristal.

Nieve, nieve, sólo nieve...

Sin embargo, aquel invierno les traía un acontecimiento feliz.

La ocupación había terminado. Se fué el ejército invasor devolviendo a los lugareños su preciosa y querida libertad.

Y llegaron los carnavales.

Todos convinieron en que aquel año debía rendirse al Carnaval un tributo de júbilo que pareciera locura.

Había que celebrar, al mismo tiempo que la alegre fiesta, el acontecimiento de la liberación del pueblo.

En el teatro del pueblo se celebraba el acostumbrado baile, pero con mayor fastuosidad que de costumbre.

Entró Marcos en el recinto. Una careta cubría su rostro pero todos sabían quién era. El tipo y el andar de Marcos eran inconfundibles.

Dirigióse el joven hacia el mostrador, levantó la careta apoyándola en la frente y pidió vino.

Se bebió varios vasos, uno tras otro.

De pronto pasó por su lado una mujer que le miraba a través de los ojos de su grotesca careta.

Marcos dió un grito:

—¡Cecilia!

Y cogió en brazos a la dama cruzando toda la sala con ella, subió las escaleras y se introdujo en uno de los palcos del primer piso.

Se dominaba desde allí toda la sala y se veían cien parejas en dulce coloquio.

—Todos se aman, Cecilia—dijo Marcos—. Amémonos nosotros también.

Y acto seguido batió palmas y pidió vino, más vino, una jarra bien grande y bien llena.

Contra lo que era de esperar, Cecilia no se oponía a aquellas exageradas libaciones.

Sin embargo, Marcos dijo:

—Déjame beber esta noche, Cecilia. Déjame embriagarme de vino y de amor.

Vació la jarra rápidamente y sus palabras adquirieron un inusitado color.

Su brazo vigoroso estrechaba con anhelo los hombros de la máscara.

—Déjame que te ame, Cecilia.

De pronto, obedeciendo a una inspiración súbita se llevó las manos a la cabeza. Llevaba una corona de hoja de lata como un príncipe o como un rey.

Se la quitó y dijo, mostrándosela a la máscara:

—Es la corona de rey de los bosques, Cecilia, pero ahora será la corona de la reina del mundo.

Y ciñó con ella la frente de la máscara. Continuó hablando y hablando, haciendo una apología de su amor y de su amada.

De pronto se oyó una voz en medio de la sala:

—¡Son las doce! ¡Fuera las caretas!

Al quitársela la compañera de Marcos, la sorpresa de éste fué tan violenta, que se puso en pie de un salto.

No sólo no era Cecilia aquella máscara, sino que era espantosamente fea. Su rostro arrugado denotaba que había pasado de los cincuenta.

Marcos tomó la determinación de huir, pero en este momento algo que sucedió en la sala le detuvo.

Bajo una de las cien caretas que se levantaban, apareció el rostro de Cecilia.

Dió Marcos un grito triunfal.

—¡Cecilia!

Sus manos estaban asidas a la baranda y sin pensarlo saltó por encima de ella.

Vino a caer sobre una de las mesas más repletas de la sala, la cual saltó hecha astillas y acompañada de jarros y vasos.

Oyó violentas protestas, pero no hizo caso.

Había quedado en pie ante otra mesa y en ella se le ofrecía un vaso lleno de vino.

Alargó el brazo, se apoderó de él y lo apuró de un sorbo. De allí pasó a otra mesa y apuró un segundo vaso y en la tercera mesa se bebió el tercero.

Entre tanto, no apartaba los ojos de Cecilia ni se detenía un momento en su camino hacia ella. El vaso que cogía lleno en una mesa lo dejaba vacío en la otra.

—¡Cecilia!—exclamó deteniéndose ante ella con los brazos abiertos.

No se preocupó de los que le acompañaban.

La cogió del brazo, la obligó a ponerse en pie y la condujo a una mesa apartada y vacía.

El exceso de alcohol había ido minando la resistencia de Marcos.

Jamás le había oído Cecilia hablar con aquel ímpetu arrollador, con aquel afán temible.

De pronto tuvo Marcos un recuerdo.

Echó a correr hacia el palco, donde se había dejado a la vieja máscara, le arrebató la corona y volvió a saltar por encima de

la baranda, cayendo ruidosamente en medio del salón.

Se reunió de nuevo con Cecilia y le puso la corona.

—¡Tú sí que eres mi reina, Cecilia! ¡Tú sí que eres la reina del mundo!



Jamás le había oído hablar Cecilia con aquel ímpetu arrollador.

Pidió más vino y continuó bebiendo y haciendo a Cecilia juramentos de amor.

La joven estaba aterrada. Las manos de Marcos estrechaban las suyas con avidez y

anhelo, al mismo tiempo que la miraba con ojos llameantes de pasión, de una pasión arrolladora que le producía viva inquietud.

Cecilia se levantó.

—Me voy, Marcos. Esta noche estás loco.

—Sí, estoy loco, loco por ti.

Y como Cecilia salió del teatro, Marcos se dispuso a acompañarla.

El fresco de la noche le despejó un poco.

A la puerta de casa de Cecilia se detuvieron y Marcos le dijo:

—Perdóname, Cecilia. Tenías razón. Estaba loco... Y lo estoy aún.

* * *

Se dirigió Marcos a su vivienda por las calles cubiertas de nieve.

El calor de la rápida marcha inflamó de nuevo los ardores del vino y del amor.

Nada, nada podría apagar aquella hoguera que hacía palpar su corazón violentamente. La nieve de todo el mundo sería insuficiente para amortiguar aquel amor que Cecilia le inspiraba.

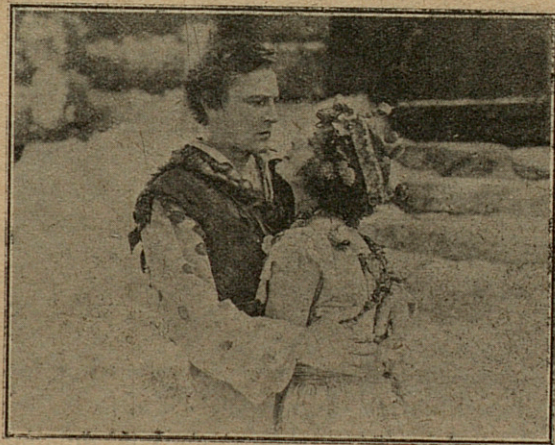
Su paso era inseguro como sus pensamientos.

Cuando llegó a la puerta de su casa advirtió que había alguien a la puerta.

¿Una visión?

Se detuvo y se pasó la mano por los ojos.

La persona se acercó a él y aunque la



—*Tenías razón. Estaba loco... Y lo estoy aún.*

luz era muy escasa pudo ver Marcos que se trataba de Gilberta.

—¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Por qué me persigues? ¿No te he dicho cien veces que te detesto?

La apartó de un empujón y entró en la casa dando un portazo.

Tan violento fué, que la puerta volvió a abrirse.

A Gilberta le fué fácil entrar y cerrarla nuevamente.

Marcos se dirigió a su habitación tambaleándose y se desplomó en el lecho.

Gilberta le siguió de puntillas.

IV

Aquella mañana se levantó Cecilia con una determinación.

Cuando fué a dar los buenos días al cura declaró sus propósitos con estas palabras:

—Amo a Marcos y Marcos me ama a mí. No hay motivo para esperar más tiempo. Estamos seguros de nuestro amor y de nuestra felicidad. Marcos vendrá hoy como siempre, tío. Te pedirá mi mano y tú debes dar el consentimiento.

—Puesto que tan seguros estáis de que seréis felices, no tengo porqué oponerme. Serás la esposa de Marcos. Sólo deseo tu felicidad.

* * *

Cuando Marcos despertó, las nieblas del alcohol no se habían disipado aún completamente en su cerebro.

Tenía un confuso presentimiento de que algo muy importante le había ocurrido la noche anterior, y tratando estaba de recordar cuando vió un disfraz de mujer colgado en la percha junto al suyo.

Inmediatamente se hizo una luz en su pensamiento.

El había visto colgar aquel disfraz en la percha.

Y la mujer que lo había colgado era Gilberta.

¿Cómo era esto posible?

Se oprimió las sienes con las manos y arrancando de un recuerdo otro recuerdo recompuso con terror todas las escenas de que había sido protagonista la noche pasada.

Se vió en el baile con Cecilia. Después la acompañó a su casa. Después se dirigió él a la suya.

A la puerta había una mujer: Gilberta.

A partir de aquí no lograba recordar lo que había sucedido hasta que estuvo tendido en su lecho.

Entonces aquella misma mujer que viera en la puerta apareció a su lado y cayó sobre él.

Recordaba perfectamente haber sido estrechado por sus brazos con violencia. Recordaba sus besos. Recordaba sus caricias.

Recordaba que cuando trataba de conciliar el sueño aquella mujer continuaba a su lado.

Se dejó caer abrumado en una silla. La evidencia de lo ocurrido y del motivo de aquellos sucesos se presentó a su magín con diafanidad.

Gilberta se había hecho ultrajar por él para obligarle después a cumplir como un caballero.

* * *

Al amanecer, Gilberta se había levantado sigilosamente.

Aun dormía Marcos. Se vistió con las mismas precauciones y corrió a su casa a dar la noticia a su madre.

—Todo ha ido bien, madre. Marcos su-

cumbió. Seré la esposa del dueño del pueblo.

La madre se alegró mucho. La perspectiva de ser la suegra de uno de los hombres más ricos y más fuertes del pueblo era para alegrarse.

—Debemos ir inmediatamente a casa del cura, antes de que Marcos tenga tiempo de discurrir su defensa.

Así lo hicieron.

No bien hubo el cura terminado de arreglar con Cecilia el asunto de su boda con Marcos, y en tanto la joven se dirigía a casa de su amado para darle la feliz noticia, recibió la visita de Gilberta y de su madre.

Esta, con lágrimas en los ojos y profiriendo exclamaciones de dolor contó a su modo lo ocurrido.

Gilberta pasaba casualmente frente a la casa de Marcos, cuando éste se retiraba. La soledad y la obscuridad de la noche favoreció sus planes. Marcos la hizo entrar en la casa y Gilberta no pudo salir de allí hasta la mañana siguiente, cuando la deshonra de su hija estaba ya consumada.

El padre Matías compartió aquel dolor que la astuta madre aparentaba sufrir y la

tranquilizó con la promesa de que obligaría a Marcos a cumplir como un caballero. Marcos le obedecería. Le conocía bien. Al mismo tiempo que el más bravo era el espíritu más justiciero del pueblo. No había



... recibió la visita de Gilberta y de su madre.

palabra que no cumpliera, no había falta que no reparase.

Debajo de las lágrimas los ojos de Gilberta y de su madre relampaguearon de gozo.

* * *

Muy sorprendida había quedado Cecilia al ver a Marcos tan abatido y su sorpresa fué mayor aún al advertir que Marcos no se alegraba cuando le dijo que su tío estaba dispuesto a dar su consentimiento para que se casaran.

—¿Qué sucede, Marcos? ¿Es que no me quieres ya?

Había hecho esta pregunta porque Marcos se desprendía de sus manos y apartó de sus ojos la mirada.

—¡Más que nunca, Cecilia! Ahora me doy cuenta de lo inmenso que es mi amor.

Pero miraba obstinadamente al suelo al pronunciar estas palabras.

—Marcos... algo me ocultas. ¿Qué ha sucedido de anoche a hoy?

En este momento llamaron a la puerta.

Marcos, visiblemente azorado, condujo a Cecilia a su habitación, cerró la puerta y fué a abrir la de la calle.

Eran Gilberta y su madre.

No extrañó a Marcos aquella visita. La esperaba.

Retrocedió hasta el centro de la habitación, acobardado por primera vez en su vida.

—¿Qué queréis de mí?—preguntó.

—Darte una noticia que a buen seguro no te agradará—repuso la madre—. Venimos de visitar al padre Matías y le hemos contado el ultraje que has hecho a Gilberta. Ahora habrás de casarte con mi hija o irás a la cárcel.

Gilberta se acercó a él acaso para murmurar algunas palabras de amor, pero él la rechazó violentamente.

—¡Dejadme ahora, dejadme! Quiero estar solo. Quiero pensar detenidamente en vuestra perversidad, para detestaros más aún de lo que ahora os detesto.

Había ido exasperándose conforme hablaba y a sus ojos asomó una llama amenazadora.

La madre, acobardada, tiró del brazo de su hija.

—Vámonos, Gilberta. Ahora ya es tuyo. Nadie te lo podrá quitar.

* * *

Cuando Cecilia salió de la habitación estaba densamente pálida.

Lo había oído todo. Lo había comprendido todo.

—Te juro, Cecilia...—había dicho Marcos avanzando hacia ella.

—Nada—le detuvo Cecilia—. Nada tienes que jurarme. Conozco a Gilberta y te conozco a ti. Sé lo que ha ocurrido como si lo estuviera viendo.

—Ha sido un ardid infame. ¿Verdad que me sigues amando, Cecilia?

—Sí, Marcos. Pero, ¿de qué sirve ya nuestro amor?

—¡Nuestro amor puede vencerlo todo! ¡Debe vencerlo todo!—exclamó Marcos.

—No, amado mío. Por encima de nuestro amor hay una ley a la que no debemos faltar. Es preciso que te cases con esa mujer. Así lo manda Dios. Si no cumplieras este mandato yo sería la primera en detestarte.

Marcos abatió la cabeza. Otra vez se ha-

bía apoderado de él el temor de mirar a Cecilia a los ojos.

Y también ella prefería no mirarle.

Temía a Marcos y se temía a sí misma,



—... *Por encima de nuestro amor hay una ley a la que no debemos faltar.*

en aquel trance que requería tanta abnegación por parte de ambos.

Lentamente se dirigió a la puerta, la abrió y murmuró un adiós ahogado y susurrante, un adiós vencido por un sollozo.

V

Jamás se había celebrado en el pueblo una boda tan triste.

Marcos iba al altar como si fuera al patíbulo.

Respondió con movimientos de cabeza a las preguntas del padre Matías.

Aquel mismo día, se pasó la tarde cazando furiosamente.

Y en los siguientes fué la escopeta su único consuelo.

A veces partía al amanecer y no regresaba hasta bien entrada la noche.

Huía del pueblo por no ver a Gilberta y por no ver a Cecilia.

Le repugnaba la presencia de aquélla; la de ésta, removía el caudal de amargura

que cayó hacía tiempo en su corazón como un torrente.

También Cecilia sufría. También sufría en silencio. A veces el pensamiento la traicionaba y entonces recorría a Dios.

Y pasó el tiempo.

Un día le dijo su tío.

—Es preciso que pienses en tu matrimonio, Cecilia. Hay que borrar completamente lo que ya está casi borrado.

—Deja que pase algún tiempo más, tío.

Y el cura dejó que la herida de Cecilia fuera cicatrizando.

Otro día se presentó Lorenzo Gruber.

—He hablado con tu tío, Cecilia, y él accede a nuestro matrimonio. ¿No te parece que ahora ya no se opone nada a que nos casemos?

Y también contestó ella:

—Deja que pase algún tiempo más.

Pero, al fin, ya no hubo excusa para seguir esperando. Por otra parte, Cecilia anhelaba poner un freno seguro a sus locos pensamientos.

Y así fué cómo se casó con Lorenzo Gruber.

El día de la boda, Marcos huyó del pueblo más aprisa que de costumbre.

Y mientras él escalaba la cumbre de un monte, sonaban las campanas que anunciaban la boda de Cecilia.

El sonido de ellas, aquella vibrante voz de bronce se introducía por los oídos de Marcos y le taladraba el cerebro.

Cuando llegó a la cumbre no pudo contenerse. Apercibió la escopeta y disparó contra las campanas.

En aquel momento, el padre Matías acababa de hacer la pregunta de ritual a su sobrina.

—¿Quieres a Lorenzo Gruber por esposo?

Iba a responder cuando se oyó la detonación del arma.

Quedó un momento indecisa. Ella y todos sabían quién había hecho el disparo.

Pero Cecilia fué fuerte y contestó:

—Sí.

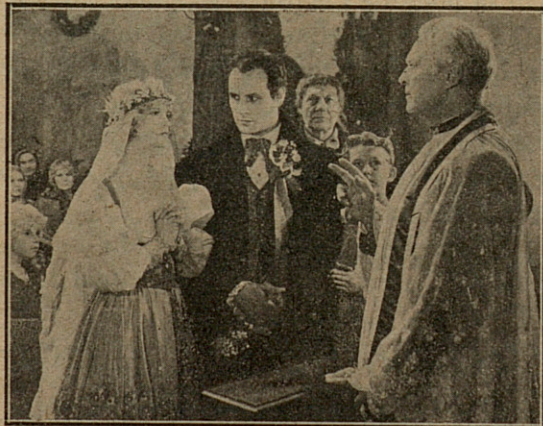
* * *

Lorenzo se jactaba por el pueblo de ser dueño de la muchacha más bonita de Pontresina.

Pero un día le preguntó un amigo:

—¿Estás seguro de que eres su dueño?

Desde aquel día comprendió Lorenzo que no podría ser feliz en su matrimonio.



—¿Quieres a Lorenzo Gruber por esposo?

Cecilia no podía amarle.

No podía amarle porque seguía amando a Marcos.

* * *

Una noche se desencadenó una furiosa tempestad y Marcos no había regresado a casa todavía.

Rugía el viento y la nieve formaba cortinas arrolladoras. Era imposible que un ser humano pudiera soportar aquello.

Gilberta, enloquecida, corrió por todo el pueblo dando la infausta nueva y suplicando salieran en busca de Marcos.

Pero nadie quería exponerse. Nadie quería a aquel hombre bravío y justiciero a quien todos temían. Además, si antes se le envidiaba, desde que se casara con Gilberta, después de estar prometido a Cecilia, se le detestaba francamente.

Gilberta, desesperada, iba de puerta en puerta pidiendo la limosna de la salvación de aquel hombre al que no dejaba de profesar una pasión absorbente y loca.

Por fin, se vió en medio de la calle sin puerta a la que llamar. Las había recorrido todas. Todas menos aquella en que vivía su rival: Cecilia.

Estuvo un momento vacilando. ¿Llamaría?

En esto se acercaron dos hombres.

—Marcos se ha perdido. No ha vuelto. La tempestad le ha sorprendido en plena montaña. Id a salvarle.

Pero los hombres se encogieron de hombros y continuaron su camino.

En esto, dentro de la casa, donde se hablaban Cecilia y su marina, se oyó una exclamación desgarradora.

Era Cecilia que había oído a través de la puerta lo que Gilberta decía.

Lorenzo se volvió.

—¿Por qué has gritado?

Ella vaciló un instante, pero acabó por decir:

—Marcos está en peligro de muerte. Se ha perdido en la montaña. Debes ir a buscarle.

—¿Ir a salvar yo a ese hombre cuya muerte anhelo?

—¡Es un deber de humanidad!—respondió Cecilia.

—¡Bah! Lo mejor que podrá hacer es morir. Será el único modo de que yo viva tranquilo y seguro de mi mujer.

Un relámpago de desprecio pasó por los ojos de Cecilia.

—¿No quieres ir tú a salvarle? Pues iré yo.

Se envolvió en el abrigo y salió de la

casa, dirigiéndose a la de su tío para darle cuenta de lo que ocurría.

Pero no llegó a la casa del cura.

A mitad de camino, se detuvo sorprendida por un hecho inaudito.

Allí venía Marcos, cargado con dos grandes piezas, la escopeta al hombro y silbando tranquilamente.

Cuando lo vió, Marcos estaba a dos pasos de ella.

Los dos se detuvieron mirándose fijamente.

No se atrevieron a decirse nada.

Pero la mirada era lo bastante elocuente para que Lorenzo, que había salido en persecución de su esposa y les sorprendió, se persuadiera de que su felicidad estaba en peligro.

Cecilia regresó a su casa para dar gracias a Dios por haberlo salvado.

Lorenzo y Marcos quedaron en medio de la calle mirándose retadoramente.

Por fin, Marcos se encogió de hombros con gesto despreciativo y volvió la espalda a su rival.

* * *

A la mañana siguiente, antes de partir para su acostumbrada excursión de caza, Marcos recibió la visita de Lorenzò, el cual le dijo francamente y sin preámbulos:

—Vengo a pedirte que te vayas de Pontresina. Mientras tú estés aquí, Cecilia no será nunca enteramente mía.

Marcos le miró fijamente, burlonamente.

—Tiene mucha gracia tu proposición, Lorenzo.

—Te daré todo lo que poseo si te vas: tierra, fortuna, rebaños, todo, ¡todo!

Y para demostrarle la seriedad con que hablaba, depositó ante él, sobre la mesa, un puñado de billetes.

La réplica de Marcos fué instantánea. De un manotazo, echó al suelo los billetes al mismo tiempo que se ponía en pie y exigía al visitante saliera inmediatamente de la casa.

Lorenzo se fué murmurando maldiciones. Pero todavía no hubo paz para Marcos. Ahora entraba en turno Gilberta.

Gilberta había sido testigo de aquella es-

cena inusitada. Manifestó su asombro con estas palabras:

—Tienes cosas de loco, Marcos. ¡Haber rechazado una proposición tan magnífica!

—Tú y él sois igualmente despreciables —repuso Marcos sin alterarse.

—Ya sé por qué no has querido aceptar. Ya sé por qué no quieres salir del pueblo... La quieres aún. Amas todavía a Cecilia.

Pero Marcos no la escuchaba ya. Había comenzado a silbar mientras llenaba su cinturón de municiones.

Después salió de la casa.

Y continuaba silbando, silbando mientras se dirigía al campo abierto.

VI

Para salir del pueblo tuvo que pasar por delante de la casa de Lorenzo.

Este le vió. Andaba con su acostumbrada gallardía y ni siquiera se dignó dirigir una mirada a la casa.

El despecho y la ira de Lorenzo se recrudecieron hasta el punto de hacerle murmurar en voz baja unas palabras amenazadoras.

Quedó absorto, con los dedos crispados y pensando en su desventura.

De pronto, sus ojos se fijaron en su escopeta. También él tenía una escopeta aunque no era buen tirador como Marcos.

Una idea repentina desorbitó sus ojos e

hizo llamear en ellos un relámpago de locura.

Se levantó, avanzó hacia la pared, miró a un lado y a otro, se apoderó de ella, y salió de la casa, siguiendo las huellas de Marcos.

* * *

Estaba él cazando entre las peñas de una cumbre, avizorando el horizonte en busca de la pieza que diera lugar al primer disparo del día, cuando sonó a sus espaldas una detonación y se sintió herido en un hombro.

Se volvió rápidamente y el cañón de su escopeta quedó enfrente de una forma humana.

Era Lorenzo Gruber. Estaba a dos pasos de él. Había tratado de ocultarse en una peña, pero Marcos no le dió tiempo. Estar encañonado por Marcos equivalía a una muerte segura al menor movimiento. También Lorenzo empuñaba una escopeta, pero no la podía utilizar. Antes de oprimir el gatillo habría caído fulminado por el disparo del rival.

—Podría matarte como a un perro, pero

no lo hago por Cecilia. Pero te advierto que si insistes no tendré más remedio que disparar.

Y dió media vuelta para alejarse.

De pronto, percibió a sus espaldas un movimiento y tuvo el tiempo justo para agacharse.

La segunda bala de Lorenzo pasó silbando sobre su cabeza.

Y esta vez Marcos tuvo una réplica instantánea.

Al mismo tiempo que se agachaba, al mismo tiempo que la bala enemiga silbaba sobre su cabeza, volvió hacia atrás la escopeta y disparó.

Y el cuerpo de Lorenzo rodó hasta el borde de la cima y se despeñó.

Era un precipicio de más de cien metros de profundidad.

* * *

Cuando Cecilia advirtió la falta de la escopeta en aquella pared en que siempre había estado colgada, tuvo un fatídico presentimiento, y como hacía siempre en los trances dolorosos y difíciles se arrodilló para orar.

Era su única arma: el rezo.

De pronto alguien entró en la casa.

Se volvió y sus ojos se dilataron al ver que era Marcos y que éste llevaba dos escopetas: una al hombro—la suya—y otra en la mano—la de Lorenzo.

Ni siquiera tuvo valor para preguntar.

Pero Marcos no necesitó de sus preguntas para explicarle lo ocurrido.

—Bajé en seguida y encontré su escopeta—dijo finalmente—. Pero a él lo he buscado en vano.

El relato, franco y crudo, había aumentado con cada palabra el terror y la estupefacción de Cecilia.

Temblaba al tomar la escopeta de manos de Marcos.

Pero, ¿por qué temblaba? ¿Cuál era la causa de su dolor y de su turbación?

—Marcos—pudo decir al fin—, te has perdido... te has perdido para siempre.

Y entonces Marcos comprendió.

Y en su pecho hubo un maravilloso resurgir de alegría, de la alegría que había perdido un día inolvidable al unirse en matrimonio con una mujer a la que odiaba tanto como amaba a Cecilia.

Comprendió que aludir a lo que sentía era imprudente, porque el compromiso adquirido con Gilberta subsistía, pero ello no le privó de exclamar:

—No sufras por mí, Cecilia. Mi única pena sería verte a ti apenada.

—No podemos permanecer de brazos cruzados. Debemos ir a buscarle.

—Vamos—dijo Marcos.

Y los dos salieron de la casa.

Y los dos quedaron estupefactos al ver que hacia ellos, arrastrando penosamente los pies, con las ropas destrozadas y manchadas de sangre, y ayudado por varios campesinos, se acercaba Lorenzo.

* * *

Los que transportaban a Lorenzo se detuvieron también y el herido balbuceó la temida acusación.

—Ese... ese ha sido...

Fué a decir algo más, pero las palabras se rompieron antes de brotar a los labios y su cabeza se dobló sobre un hombro.

Uno de los que le conducían le aplicó el oído al corazón.

—¡Está muerto!—dijo.

Y entonces otro dirigió a Marcos el insulto terrible.

—¡Asesino!

Quiso Marcos protestar, explicarse, pero cien voces le detuvieron:

—¡Asesino!

—¡Asesino!

—¡Asesino!

Entonces Cecilia avanzó hasta el grupo:

—¡Marcos es inocente! ¡Lo sé!

Pero hubo de retroceder en seguida.

También a ella la miraban hostilmente, amenazadoramente.

—¡Ella es la única culpable! ¡Ella le indujo a cometer el crimen para librarse del hombre al que no quería!

Y como si esto hubiera sido una señal convenida, cien hombres armados de palos y cuchillos se dirigieron hacia ellos.

Comprendió Marcos la gravedad de la situación y obró rápidamente. Se introdujo en la casa con Cecilia y mientras la embravecida multitud se ocupaba de echar abajo la puerta, huían ellos por una ventana de atrás.

Salieron al campo.

Marcos cogió en brazos a Cecilia y se dirigió con ella a la montaña. Pesaba muy poco, tan poco como su escopeta, pero Marcos estaba herido, y la pérdida de sangre le iba debilitando.

Sin embargo, el cazador continuaba con su preciosa carga montaña arriba.

De pronto se oyó un fragor de multitud y Cecilia volvió la cabeza.

Eran sus perseguidores, sus acosadores, que habían dado con su pista.

No sintió terror. Parecía como si su alma estuviera insensibilizada a fuerza de sufrir.

—Todo inútil, Marcos. Déjame y huye tú.

Entonces se volvió Marcos y al ver a la multitud que les perseguía con una voracidad insaciable de lobos, exclamó elevando los ojos al cielo:

—¡Oh, Señor! Tú sabes que somos inocentes. Tú sabes que el amor es nuestro único pecado. No nos separes otra vez. Llévanos juntos, llévanos juntos hacia ti.

Al murmurar estas palabras había caído de rodillas y Cecilia le imitó.

Daban espalda a sus perseguidores y tenían la mirada fija en la alta cumbre de la montaña.

Así esperaron, esperaron.

De pronto se oyó un sordo fragor y Mar-



—*Todo inútil, Marcos. Déjame y huye tú.*

cos y Cecilia vieron que media montaña se les venía encima.

—Es un alud, una avalancha de nieve que nos sepultará a todos—exclamó Marcos.

—Sí, que nos sepultará a todos. Dios nos ha escuchado.

—Dios nos ha escuchado.

Se abrazaron y esperaron la muerte.

Unos segundos después no quedaba vestigio de perseguidos ni de perseguidores.

Y sólo así pudieron amarse aquellos corazones que habían nacido el uno para el otro, aquellos corazones que ahora permanecerían unidos por un amor purísimo, sublime y eterno.

F I N

Hoy ha salido
el tercer cuaderno
de la deliciosa novela en veinte
cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Formidable éxito

¡La novela que todos, aman-
tes o no amantes del cine,
leerán con deleite!

Primer cuaderno (1.^a edic. agotada)
» » (2.^a » agotándose)

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos



Esta semana:

La Novela para Todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

Gran éxito de

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

PRONTO, la esperada colección

BIBLIOTECA

RODOLFO VALENTINO

Todos los asuntos interpretados por este
inimitable artista.

Primer número:

“C O B R A”

Precio: 50 céntimos

Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Ultimos éxitos:

La mujer ligera

Vírgenes modernas

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Esto es el cielo

Acaba de aparecer:

La senda del 98

por Dolores del Río y Ralph Forbes

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

E. B.



Tipografia Barcelona
Aribau, 206 - Teléf. 75087
BARCELONA